



EL PRÍNCIPE, EL CAMPESINO Y LOS DOCE GRANOS DE MAÍZ

LA HISTORIA SUCEDE EN EL REINO AMARILLO
DONDE LA RIQUEZA NO ERA DE ORO, PLATA O
PIEDRAS PRECIOSAS.

João José da Costa

EL PRÍNCIPE, EL CAMPESINO Y LOS DOCE GRANOS DE MÁIZ, por João José da Costa

Copyright reservado: FBN (Fundación de la Biblioteca Nacional de Brasil) -
MEC - Registro 582.177 - Libro 1112 - Página 403

Cuento infantil que se integra con la fantasía natural y la creatividad de niños y jóvenes, entreteniendo, educando y agregando al desarrollo del carácter, valores morales, ciudadanía, conciencia ecológica, valores familiares, cultura, conocimiento, espiritualidad, respeto por los educadores, estímulo para estudio, orden y disciplina. Libro para niños y jóvenes que disfrutan de lecturas inteligentes, sensibles, culturales, educativas y temas de realidad social. Libro con mayor contenido literario, un mejor ejercicio de lectura.

Síntesis:

El libro cuenta la historia del Reino Amarillo, un Reino donde la riqueza no era oro, plata y piedras preciosas. La riqueza estaba en la producción de maíz, producido con abundancia y calidad. El Reino fue gobernado por el Rey Eduardo y la Reina Silvia. El Reino era muy próspero, y todos vivían un buen bienestar. El Rey Eduardo era muy humano y justo y tenía la lealtad y la dedicación de todos sus súbditos. La pareja real tuvo dos hijos: la Princesa Lidia, amada por sus súbditos por su trabajo social, y el príncipe Claudio, arrogante, insensible y odiado por sus súbditos, que simplemente se divertía y no tuviera actividad útil o productiva. Con la muerte de la pareja real, el Príncipe Claudio se convierte en el nuevo Rey. Y el Reino Amarillo sufrió transformaciones terribles bajo su Reinado, y los súbditos comenzaron a saber de qué eran la pobreza y el sufrimiento. El nuevo Rey ya no alentaba la producción de la mayor riqueza del Reino, el maíz, y gastaba la riqueza acumulada en los silos. Cuando se acabó el maíz almacenado, se encontró en la pobreza. Finalmente, el nuevo Rey se vio obligado a vender el castillo a un campesino trabajador y perseverante, que hizo su fortuna plantando los doce granos de maíz recibidos como limosna alguna vez del arrogante príncipe. Este campesino compró el castillo, se casó con la Princesa Lidia, quien fue proclamada la nueva Reina del REINO AMARILLO. Y la paz y la prosperidad volvieron al Reino. Por ahora, súbdito Claudio, la historia tiene una sorpresa al final.

Dedicación

Dedico este trabajo a todos aquellos que reservan parte de sus vidas para educar a los niños de alguna manera, como una misión y la creencia de que en ellos está la esperanza de un mundo mejor.

En especial para padres, maestros y abuelos, el triángulo básico de la educación infantil.

Doy gracias a Dios por el niño que todavía permite que exista en mí.

João José da Costa

Había una vez un Reino llamado Reino Amarillo.

No había riqueza en oro, plata o piedras preciosas, como se podía encontrar en otros Reinos vecinos.

El nombre del Reino Amarillo vino de otra riqueza: el maíz.

En ningún otro Reino el maíz crecería en abundancia, calidad y cantidad como se plantó en el Reino Amarillo.

Y debido al color amarillo del maíz, el Reino recibió este nombre.

Pero había otra gran razón para la riqueza del Reino Amarillo: la dedicación al trabajo y la fidelidad de todos los campesinos súbditos del Reino.

Los campesinos cuidaban los vastos campos de maíz con gran cuidado y motivación. Eran felices, y así el Reino prosperó.

Y esto se debió al gran espíritu de humanidad y respeto por el prójimo que el Rey Eduardo y la Reina Silvia tenían por sus súbditos.

.

Reconocieron el arduo trabajo de los campesinos y trataron de pagar esta dedicación dándoles un pago justo por la producción de maíz.

Y había otra razón para esta riqueza: la naturaleza. Fue muy generoso. Las tierras eran fértiles. El sol brillaba en el Reino Amarillo todos los días y las lluvias refrescantes riegan los cultivos por la tarde. Por lo tanto, la siembra y la cosecha de maíz generalmente se pueden hacer dos veces al año.

Los campesinos vendían todos los productos al Rey Eduardo. El Rey Eduardo, a su vez, vendía maíz a los Reinos vecinos.

Con el dinero de la venta de maíz, el Rey Eduardo compraba todo lo que el Reino Amarillo no produjo en su propio Reino.

Entonces, todos los que vivían en el castillo y todos los campesinos súbditos podían encontrar en las tiendas y talleres de artesanos del Reino todo lo que necesitaban para vivir bien.

La producción fue tan grande que el Rey Eduardo mantuvo en el castillo muchos silos para almacenar los granos de maíz, que estaban protegidos de la lluvia, los vientos y los animales.

En cada cosecha, el Rey Eduardo guardaba en un cobertizo especial los mejores granos de maíz para usar como semillas.

Cuando llegaba el momento de plantar, las semillas de maíz se distribuía gratuitamente a todos los campesinos.

Varias veces a la semana, al Rey Eduardo le gustaba subir a la parte más alta de los silos y admirar la riqueza del Reino:

“Reina Silvia, ¡mira la riqueza que hemos almacenado aquí en el castillo!”. El Rey Eduardo dijo mirando desde un silo a la gran abundancia de maíz almacenado.

“¡Es verdad! ¡Y se vende y valen como granos de oro!”. La Reina Silvia respondió.

Y este ciclo se repitió todos los años. Y con cada ciclo, el Reino Amarillo celebró la cosecha y una nueva plantación con una gran fiesta.

El Rey Eduardo y la Reina Silvia tuvieron dos hijos: el príncipe Claudio y la Princesa Lidia.

•
La Princesa Lidia dedicó gran parte de su tiempo a las obras sociales del Reino Amarillo.

Acompañaba la construcción de escuelas y hospitales, visitaba a los campesinos y sus familias, asistía a hogares de ancianos y orfanatos.

La Princesa Lidia era muy querida por los campesinos súbditos del Reino.

Pero lo mismo no era cierto para el Príncipe Claudio.

Contrariamente al ejemplo de su hermana, el Príncipe Claudio buscó dedicar su tiempo solo a la diversión, montar a caballo y cazar a los pobres animales salvajes del Reino.

Y al Príncipe Claudio le gustaba organizar muchas fiestas en el castillo. E invitaba solo a los nobles del Reino a sus fiestas.

Cuando montaba su caballo por los campos de maíz, ordenaba a sus soldados que no permitiesen que los campesinos se acercasen. No les saludaba y no les hablaba una sola palabra.

Por lo tanto, el Príncipe Claudio vivía solo los placeres de la vida, sin ejercer ninguna actividad productiva o útil para el Reino.

¡No es de extrañar que a los campesinos en cuestión no les gustaban el Príncipe Claudio!

Y en el Reino Amarillo había un campesino joven, guapo, fuerte e inteligente. Se llamaba Ademir y era una persona muy sencilla y humilde.

Ademir tenía una pequeña área de tierra y vivía en una simple casa de troncos de árboles. Ademir se encargaba de plantar un jardín para su supervivencia y criaba algunas gallinas y cabras. Entonces, tenía varias verduras, huevos y leche para su comida.

Cuando no estaba cuidando el jardín y sus animales, Ademir se dedicaba a hacer sillas de montar, arneses, lazos, espuelas y herraduras. Se convirtió en un experto en este trabajo.

De vez en cuando, el Príncipe Claudio traía sus mejores caballos a Ademir para cambiar las herraduras, poner una nueva silla de montar o reparar el arnés.

Y en una de estas ocasiones:

“¿Cuánto te debo?”. El Príncipe Claudio preguntó después de que se hizo el trabajo.

“Señor, por todo el trabajo realizado solo cobraré tres monedas de bronce”. Ademir respondió humildemente.

“Bueno, te debo tres monedas de bronce y me debes tres monedas de bronce en impuestos. ¡Así que no te debo nada!”. El arrogante príncipe Claudio respondió.

Cada vez que el Príncipe Claudio llevaba sus caballos a Ademir para hacer un trabajo, se repetía la misma escena. Nunca le pagó a Ademir nada por sus servicios, independientemente de su estado de pobreza.

Un día, la Princesa Lidia tuvo que traer su caballo blanco favorito para que Ademir cambiara la gastada silla marrón. Y ella quería otra de color roja.

Escuchó que Ademir funcionaba muy bien con el cuero y sabía cómo colorear las sillas de montar con los colores deseados por los propietarios.

Y en este día, Ademir conoció a la Princesa Lidia por primera vez y también vio a Ademir por primera vez.

Ambos se quedaron mirándose el uno al otro durante mucho tiempo sin decir nada. Se miraron cariñosa y profundamente mientras sus corazones saltaban en su pecho de emoción.

Ambos sintieron lo que era el verdadero amor a primera vista.

Un poco avergonzada, la Princesa Lidia dijo:

“¡Señor Ademir! ¡Buenos días! ¡He escuchado mucho sobre usted y la calidad de sus servicios! Necesito que me hagas una nueva silla para mi caballo, pero la quiero roja. ¡Es todo blanco y la silla roja lo hará aún más hermoso!”.

“¡Buenos días, alteza! ¡Soy tu súbdito y haré la mejor silla roja que pueda hacer!”. Ademir respondió, también sintiéndose muy tímido y avergonzado por la importante presencia de una bella Princesa en su taller.

La Princesa Lidia le dio las gracias y salió del lugar acompañada de sus soldados. Pero en el camino de regreso al castillo, sus pensamientos estaban todos en Ademir:

“¡Qué hombre tan fuerte y guapo! Además, es un verdadero caballero. ¡Parece un noble!”.

Sus largos suspiros la traicionaron. ¡Se había enamorado del joven artesano Ademir!

En el taller, Ademir se quedó quieto mientras veía a la Princesa Lidia y sus soldados desaparecer en el camino de tierra hacia el castillo:

“¡Qué mujer tan amable! ¡Además de ser hermosa, ella me trataba como a una persona! Ella tiene un gran corazón!”.

Sus largos suspiros también lo traicionaron. ¡Se había enamorado de la Princesa Lidia!

Pero Ademir sabía que no podía tener esperanza en este repentino amor. Por el contrario, podría costarle la vida si el Príncipe Claudio supiera de su valentía de enamorarse de la Princesa.

“¿Cómo puede un pobre súbdito artesano enamorarse de una Princesa? ¡Este es un amor imposible que nunca se hará realidad!”. Ademir pensó, sintiendo su corazón apretarse.

Después de unas semanas, la Princesa Lidia regresó al taller de Ademir para recoger su pedido, pensando:

“¡Ah! ¡Tengo curiosidad por ver cómo estaba la nueva silla roja para Trueno!”.

¡Pero su corazón no le permitió olvidar que estaba feliz y emocionada de ver a Ademir nuevamente!

Finalmente, ella llegó al taller. Desde lejos podía ver a Ademir trabajando duro, con su cara sudorosa y su largo cabello negro cayendo sobre su rostro. Forjaba un nuevo par de herraduras y sentía el calor del horno.

“¡Buenos días, señor Ademir!”. Dijo la Princesa.

Ademir no había notado el acercamiento de la Princesa Lidia, y pronto trató de limpiarse la cara empapada de sudor y alisarse el cabello con las manos.

“¡Buenos días Princesa!”.

“¿Hiciste la silla roja de mi caballo?”. La Princesa preguntó.

“Por supuesto, su alteza! ¡Fue la mejor silla de montar que pude hacer hasta el día de hoy! ¡Espero que lo disfrutes!”.

“¡Por favor no me llames Princesa, solo Lidia!”. La Princesa dijo.

“Bueno, Princesa ... Lo siento, Lidia. Pero le pido otro favor: ¡no me llame señor, solo Ademir!”. Ademir respondió.

Ambos se rieron en silencio bajo la atenta mirada de los soldados que escoltaban a la hija del Rey Eduardo.

Y la silla de montar fue simplemente maravillosa. Se ajustaba perfectamente a la espalda de Trueno y tenía un rojo brillante que contrastaba con el blanco total del magnífico caballo.

“La silla es muy hermosa, señor... ¡Quiero decir, Ademir! ¡Gracias! ¿Y cuál es el precio de este excelente trabajo?”.

Ademir al principio pensó en no cobrar nada. Pero sintió que esto no sería apropiado por el momento. Y dijo:

“Son 10 monedas de bronce y dos monedas de plata, Princesa”.

La Princesa Lidia ordenó de inmediato a uno de sus soldados que hiciera el pago correspondiente. Y ella se despidió de Ademir:

•
“Ademir, una vez más, muchas gracias por tu hermoso trabajo. Seguramente mi placer será mayor al caminar con Trueno en los caminos del Reino. Y quién sabe, un día cruzamos estos mismos caminos...”.

“¡Me llevará un tiempo acostumbrarme a llamar a la Princesa solo por el nombre de Lidia! Gracias Princesa por el honor de darte la bienvenida a mi humilde taller. ¡Ve con la protección de Dios y que Él también me haga cruzar tus caminos algún día!”. Ademir respondió con una voz ahogada por la emoción.

Los soldados que escoltaban a la Princesa tomaron una posición de regreso mientras ella observaba al Trueno durante unos minutos. Admiraba la belleza de su caballo con la nueva silla roja.

Al subir, la princesa Lydia dejó caer su pañuelo de seda perfumado en la puerta del taller de Ademir. Las iniciales - S.A.P.L.R.A. (Su Alteza la Princesa Lidia Rodríguez de Alcântara).

Ademir siguió lentamente la partida de la Princesa de su taller, luego se dirigió a la puerta para verla mejor galopando con Trueno en el camino de tierra hacia el castillo.

Y cuando desapareció en la curva del camino, se dio cuenta del pañuelo de seda que la Princesa Lidia había dejado caer en su puerta.

“¿Se dejó caer el pañuelo a propósito o fue por casualidad?”. Se preguntó Ademir.

En ese momento, era costumbre que las niñas mostraran simpatía a los niños arrojando sus pañuelos en el piso para poder atraparlos.

Entonces Ademir quería saber si la Princesa dejó caer su pañuelo a propósito o si sucedió por casualidad.

¡Pero su corazón lo llevó a creer que lo perfumado pañuelo de seda que contenía las iniciales de la Princesa Lidia había sido arrojada a propósito!

Ademir tomó el pañuelo con cuidado, lo olisqueó varias veces y lo llevó a guardarlo en un cajón.

Tendría que devolverle este pañuelo a la Princesa algún día para asegurarse de que su corazón le haya dado el pañuelo...

Los siguientes días fueron de gran alegría y felicidad para Ademir.

Desde lejos, sus vecinos podían escucharlo cantar en voz alta mientras trabajaba vigorosamente, expresando su alegría.

Pasaron los meses y Ademir ya no vio a la Princesa Lidia.

Como recordatorio, todos los días sacaba del cajón el pañuelo perfumado arrojado por la Princesa, contento con el recuerdo que traía el perfume.

Se acercaba la gran fiesta de primavera del Reino Amarillo. Se estaba celebrando una gran cosecha y comenzaría una nueva plantación de maíz.

Todos los habitantes del Reino se movilizaron para la tan esperada fiesta. Las calles estaban adornadas con muchas flores. Muchos de ellos, hechos con mazorcas amarillas de maíz cosechado.

Había muchos puestos hechos de productos de maíz como papilla, torta de harina de maíz curada, maíz hervido, jugo de maíz, glucosa de maíz, entre muchos otros.

En esta fiesta, el Reino Amarillo recibió a miles de visitantes de otros Reinos.

Y Ademir sabía que tendría la oportunidad de ver a la Princesa Lidia y tal vez devolverle el pañuelo.

Como tradición de la fiesta, la Familia Real desfilaría en un carruaje por la carretera principal del Reino.

Ademir trató de mantenerse muy por delante donde pasaría la procesión real, esperando ver y ser visto por la Princesa Lidia.

El suntuoso desfile comenzó. A la cabeza de los carruajes había docenas de soldados con lanzas y banderas del color del Reino. Eran banderas amarillas y verdes con la cresta de la familia real. En el centro de la cresta de la familia real, una mazorca de oro simbolizaba la verdadera riqueza del Reino.

Los carruajes de color amarillo dorado, con sus asientos cubiertos de terciopelo rojo, estaban justo detrás de los soldados.

En el primer carruaje llegaron el Rey Eduardo y la Reina Silvia. En el segundo carruaje llegaron el Príncipe Claudio y la Princesa Lidia. Y en los otros carruajes llegaron los nobles visitantes de los otros Reinos.

El corazón de Ademir latía como el sonido de su martillo forjando el hierro.

Dentro del carruaje, la Princesa Lidia trató de mirar a todos los súbditos, saludándolos sin parar.

“¿Estaría Ademir por aquí? ¡No puedo verlo!”. Pensó.

Y, de hecho, ni Ademir vio a la Princesa Lidia ni ella lo vio entre los miles de súbditos que se alineaban en la procesión real.

Estaba sentada en el lado derecho del carruaje y Ademir se había colocado en el lado izquierdo de la carretera. El destino no quería que se vieran entonces.

Los súbditos aplaudían y gritaron sin cesar:

“¡Viva el Rey Eduardo! ¡Dios salve a la Reina Silvia! ¡Viva la Princesa Lidia!”.

Pero no hubo aplausos para el Príncipe Claudio, que trató de consolarse con el pensamiento: “¡Esta gente es muy ignorante y despreciable!”.

Una vez más, la fiesta fue un éxito. Los súbditos y los visitantes quedaron satisfechos con todos los productos elaborados con el precioso cereal.

Ademir regresó muy triste a su casa, y al día siguiente comenzó otra semana de trabajo.

Sin embargo, sus amigos y vecinos se sorprendieron de que ya no cantaba como antes...

Un día, sin embargo, Ademir tuvo una sorpresa. Un emisario del Rey Eduardo lo buscó para un trabajo en el castillo. La cerradura de hierro en la puerta principal se había roto y necesitaba reparaciones urgentes.

En el Reino no había nadie que pudiera hacer esta reparación, excepto Ademir. Él era el único artesano súbdito que sabía cómo trabajar bien el hierro y forjar piezas nuevas.

“¡Esta es la oportunidad para mí de revisar a la Princesa Lidia!”. Él pensó.

Intentó ponerse su mejor ropa y lucir muy limpio y peinado. Envuelto cuidadosamente en su bolsillo, llevaba el pañuelo de la Princesa.

El día en que Ademir fue recibido por uno de los soldados del Reino, quien inmediatamente lo llevó al lugar para reparar la cerradura, como lo había ordenado el Rey.

Mientras arreglaba la cerradura, Ademir observaba de cerca cada movimiento de las personas en el castillo. Cada ventana abierta podría traerle la imagen tan esperada de la Princesa Lidia.

Y en lo alto de una de las torres, vio a la Princesa Lidia. Tocaba el piano y su figura era visible a través de la ventana de su habitación.

Pero la Princesa Lidia no estaba al tanto de la presencia de Ademir y continuó sus ejercicios de piano. En un momento dejó de jugar y cerró la ventana.

“¿Bajará o atravesará la puerta? Si esto sucede, ¡podré verla!”. Ademir pensó con gran entusiasmo.

Pero para su tristeza, la Princesa Lidia no apareció y no salió del castillo esa mañana.

Al final del trabajo, el soldado advirtió al Príncipe Claudio que el artesano había terminado de reparar la cerradura para poder verificar y realizar el pago.

El Príncipe Claudio tomó la llave grande de la puerta principal del castillo, la abrió y la cerró, asegurándose de que la cerradura estuviera correctamente fijada.

“¿Cuánto es su paga?”. Le preguntó a Ademir.

“Señor, ¡son solo cinco monedas de bronce!”. Ademir respondió.

“Muy bien, joven. Me debes cinco monedas de bronce en impuestos, y tengo que pagarte cinco monedas de bronce por el trabajo. ¡Así que no te debo nada!”. El Príncipe Claudio respondió, saliendo de la habitación con una sonrisa sarcástica.

Ademir ya estaba esperando esta reacción del Príncipe Claudio. Pero ver a veces la figura de la Princesa Lidia en su ventana era una buena paga para él.

El tiempo ha pasado. ¡Y cómo pasa el tiempo rápido!

Ademir continuó su trabajo en el campo y en el taller. Ya no veía a la Princesa Lidia.

Sin embargo, nunca la olvidó, y todos los días recordaba durante varios minutos su imagen sosteniendo el perfumado pañuelo arrojada por la Princesa.

Pero las noticias del Reino Amarillo no fueron buenas en absoluto.

El heraldo real deambulaba por las calles del Reino anunciando que el Rey Eduardo y la Reina Silvia no estaban bien. Ambos habían contraído una enfermedad muy grave.

En ese momento no había radio, televisión ni periódicos. Por lo tanto, la noticia fue dada por los heraldos. Los heraldos deambulaban por las calles del Reino, a pie o a caballo, transmitiendo los principales eventos a los residentes en voz alta.

Todos los súbditos rezaron por la recuperación del Rey y la Reina que tanto amaban. Durante dos años no hubo una fiesta tradicional de primavera: la fiesta de la cosecha y la siembra de una nueva cosecha de maíz.

Todo el Reino estaba muy triste.

Pero los campesinos trataron de hacer su parte dedicándose a cosechar y plantar con la motivación y dedicación que siempre tenían para la pareja real.

Y desafortunadamente, en una mañana lluviosa y cielo gris, el heraldo trajo la noticia que nadie quería escuchar:

“¡El Rey Eduardo y la Reina Silvia no pudieron resistir la grave enfermedad y murieron al amanecer!”.

Todos los súbditos se dirigieron inmediatamente a la puerta principal del castillo, ansiosos por más noticias. Y tuvieron confirmación. El Reino Amarillo ya no estaba bajo el mando del Rey Eduardo.

Los días que siguieron fueron de muchas lágrimas y dolor en todo el Reino. Pero, como dice el refrán, “¡Rey muerto, Rey establecido!”. Y el Príncipe Claudio fue proclamado el nuevo Rey.

Los súbditos no recibieron esta noticia con mucho entusiasmo. Por el contrario, temían por el destino y las instrucciones que el Reino tomaría a partir de entonces. No les gustaba ni confiaban en el Rey Claudio.

Y los sentimientos de los súbditos del Reino pronto serían confirmados.

El Rey Claudio se hizo cargo del Reino Amarillo y, pensando que las existencias de riqueza de maíz en los silos del castillo nunca se agotarían, comenzó a gastar el dinero de vender el maíz de manera irresponsable.

Luego pasó a fiestas pomposas y costosas en el castillo, donde la comida y la bebida se consumían con gran desperdicio.

Y para mantenerse al día con este aumento en el gasto, vendió más y más maíz a los Reinos vecinos.

Cuando llegó el momento de una nueva plantación, el Rey Claudio tuvo una reacción que nadie esperaba. No

proporcionó las semillas a los campesinos para renovar la siembra de maíz.

“Ya tengo mucho maíz almacenado en el castillo. ¡Ya no necesito maíz!”. Él dijo.

Sin las preciosas semillas, los campesinos no podían plantar y abandonaban los campos. Muchos campesinos se mudaron a reinos vecinos por falta de trabajo.

Las tierras abandonadas fueron tomadas por el matorral y comenzaron a perder su fertilidad.

La pobreza, la falta de productos en el mercado, el hambre comenzó a apoderarse del Reino.

Los súbditos comenzaron a experimentar muchas necesidades. Los campesinos no tenían nada que plantar y los artesanos no tenían compradores para sus productos.

.

Así, muchos súbditos del Reino Amarillo comenzaron a abandonar sus hogares y se mudaron a los reinos vecinos.

Pero en el castillo, el Rey Claudio continuó su vida opulenta y gastos altos e innecesarios. Mientras tanto, las existencias de maíz en los silos disminuían día a día.

Las relaciones entre el Rey Claudio y su hermana, la Princesa Lidia, se deterioraron. La Princesa Lidia discutió con su hermano y no estuvo de acuerdo con su forma de gobernar y sus decisiones.

Ella le advirtió sobre los riesgos de que el Reino Amarillo se convirtiera en un Reino de pobreza y soledad.

Pero el Rey Claudio la despreciaba, y cuando las relaciones llegaron a un punto extremo, ordenó a los soldados que no dejaran que su hermana saliera de su habitación.

En otras palabras, la Princesa Lidia se convirtió en rehén en el castillo y quedó atrapada en sus habitaciones todos los días, con solo su piano como consuelo.

Ya no podía ver ni montar el Trueno, que deambulaba por los campos del castillo en busca de comida.

Ademir, como los otros campesinos, estaba en necesidad. Ya no tenía trabajo como artesano. Nadie acudió a él por monturas, arneses o herraduras.

Sobrevivió con algunos huevos, verduras de su huerto y leche de sus cabras. Esto fue suficiente para él. Sin embargo, Ademir comenzó a compartir su pequeña producción con sus amigos que no tenían nada para comer.

Con el tiempo, también, Ademir ya no tenía suficiente para su supervivencia. Pero no estaba dispuesto a retirarse del Reino Amarillo.

Entonces, pensó en pedirle ayuda al Rey Claudio. Había prestado muchos servicios al Rey Claudio y nunca le pagaron por sus servicios.

Se imaginó que ahora el Rey Claudio lo ayudaría en este momento difícil.

Y Ademir decidió buscar al Rey Claudio en el castillo y pedirle ayuda.

El soldado llevó su pedido al Rey Claudio, quien respondió:

“Los súbditos deben aprender que deben sobrevivir ahora a su costa. ¡No pueden depender de su Rey! Pero considerando todo lo que este campesino ha hecho por mi caballo, ¡dale doce granos de maíz!”.

“Doce granos de maíz, señor?”. Preguntó el soldado, uno de los pocos que se quedó en el castillo.

“¡Si! Eso es lo que puedo ofrecer en este momento. ¡Mis reservas de maíz son demasiado bajas!”. El Rey Claudio respondió.

El soldado se retiró con los doce granos de maíz mientras el Rey Claudio se mecía perezosamente en su silla, riéndose burlón.

“Esta es la contribución de nuestro Rey!”. El soldado le dijo a Ademir, colocando en sus manos los doce granos de maíz.

Ademir inclinó la cabeza con tristeza y desilusión y se retiró sin decir una palabra. En sus manos sostenía firmemente los doce granos de maíz que le habían dado.

En el castillo, los sirvientes dejaron el trabajo por falta de pago del Rey Claudio. Ya no tenía mujeres a su disposición para cocinar, lavar la ropa, tender la cama y limpiar el castillo.

Y su pobre hermana se vio obligada a hacer todos estos trabajos, convirtiéndose en la doncella de su hermano.

Si ella desobedecía, podría quedar atrapada en su habitación nuevamente.

Los años han pasado. El arbusto del Reino llegó a las puertas del castillo. El Rey Claudio, siempre confiando en la riqueza del maíz en los silos, continuó su vida de abundancia e inutilidad, descuidando su futuro.

Aunque el Rey Claudio nunca imaginó, ¡un día todos los silos estaban vacíos! No había otro grano de maíz que el Rey Claudio pudiera vender para pagar sus gastos.

En este momento, el Rey Claudio se dio cuenta de que estaba en la miseria y que nunca había trabajado, que no estaba de humor para dedicarse a algún trabajo que pudiera darle un ingreso.

Tampoco había aprendido a hacer nada útil y productivo. Había vivido exclusivamente de la riqueza que su padre, el Rey Eduardo y los campesinos del Reino habían generado.

¡Pero ahora esta riqueza ya no existía!

El grito del Rey Claudio hizo eco en todo el castillo. Pero su pena fue escuchada solo por la pobre Princesa

Lidia, la única que aún insistía en permanecer al lado del Rey.

Los días siguientes fueron de gran privación para el Rey Claudio, ahora pobre y abandonado por todos. La despensa estaba prácticamente vacía. En la bodega ya no estaban los vinos que tanto gustaban al Rey Claudio.

El Rey Claudio estaba experimentando por primera vez lo que necesitaba, y el hambre rondaba por el castillo.

Los días de sufrimiento y angustia vividos por el Rey Claudio se extendieron y no encontró forma, no había solución para su problema.

Un día, el Rey Claudio se sorprendió de que alguien llamara a la puerta del castillo. Esto no sucedió hace mucho tiempo. Y se apresuró a ver quién era. Cuando abrió la puerta, se encontró con un hombre bien vestido que montaba un caballo negro con una silla blanca.

“¿Quién eres, extraño? Si está buscando contribuciones, ¡no puedo ofrecerle nada!”. Dijo el Rey Claudio, amenazando con cerrar la puerta.

“¡Espere!”. El hombre dijo.

Y continuó:

Vine a hacerte una buena oferta para comprar el castillo. ¡Escuché que nuestro Rey está en problemas!”.

“¿Usted? ¿Comprar mi castillo? ¡Vale mucho dinero y no podrás pagar su precio!”. El Rey respondió.

“¡Haz el precio!”. El hombre dijo con confianza.

“¡El castillo podría venderse por cincuenta mil monedas de oro!”. El Rey respondió.

“¡Estoy de acuerdo en pagar esta cantidad en efectivo!”. El hombre confirmó.

El Rey Claudio no creía lo que estaba escuchando. Pero si la propuesta del extraño era cierta, con este dinero podría vivir el resto de su vida, viviendo en una casa lujosa en el Reino. Y por supuesto, ¡sin trabajar! Después de todo, el castillo era demasiado grande para él.

Pero el Rey Claudio estaba intrigado por este hombre. Su rostro no era ajeno a él. Estaba seguro de haberlo visto en el Reino en varias ocasiones.

Todavía un poco sospechoso de la propuesta del hombre desconocido, el Rey Claudio aceptó la venta del castillo:

“Trae las cincuenta mil monedas de oro y te daré el castillo con todo lo que tengo aquí”.

Después de unos días, el hombre volvió a llamar a la puerta del castillo, montado en su caballo negro, acompañado por un campesino con un cofre de madera que contenía las monedas de oro.

¡Junto a su caballo negro, el hombre también tenía un caballo blanco con una silla roja!

El Rey Claudio abrió la puerta y se encontró con el hombre que quería comprar su castillo.

“Estoy aquí, señor! Traigo las cincuenta mil monedas de oro como prometí”. El hombre dijo.

El Rey Claudio le pidió que entrara, llevándolo al salón noble del castillo. Allí, el Rey Claudio extendió las monedas de oro sobre una gran mesa ovalada y las contó una por una.

El Rey Claudio parecía un niño que acababa de abrir su alcancía. Se echó a reír, contó, montó las monedas, arrojó algunas al aire y las recogió de nuevo, riendo como un loco.

“Bueno, estoy de acuerdo con la venta del castillo”.
¡Solo me llevará cinco días hacer mi mudanza y encontrar un nuevo hogar en el Reino!”. El Rey Claudio confirmó.

El Rey Claudio quería saber más sobre ese hombre:

“Pero ¿quién eres y cómo lograste acumular tanta riqueza en monedas de oro?”.

Y el hombre desconocido finalmente se reveló:

“¡Señor, quien me ayudó a iniciar esta riqueza fue Su Alteza!”.

“¿Qué?”. El Rey Claudio preguntó sorprendido.

“¿Te acuerdas del artesano que solía hacer servicios a tu caballo y un día, hambriento y necesitado, llamó a tu puerta en busca de ayuda?”.

“Sí, ahora lo recuerdo!”. El Rey Claudio respondió.

“Tu nombre es Ademir, ¿no? ¿Pero cómo explica esto tu fortuna?”. El Rey insistió.

Y Ademir se tomó unos minutos para contar su historia y cómo salió de la pobreza y las dificultades para convertirse en un hombre rico:

“En ese momento, me diste doce granos de maíz. Llegué a casa, desolado y triste. Pero cuando abrí las manos, vi que los granos de maíz brillaban como el oro. Estaba lloviendo mucho. Entonces decidí plantar los doce granos de maíz. Después de seis meses, coseché 24 mazorcas de maíz. Cada mazorca de maíz tenía alrededor de 360 granos de maíz. Entonces, en la primera cosecha obtuve 8,640 granos de maíz. Mientras las lluvias continuaban abundando, planté estos 8,640 granos de maíz. Después de seis meses, tuve la segunda cosecha que produjo 6.220.800 granos de maíz. ¡En la tercera cosecha, había 4,478,976,000 granos de maíz! Y cada año planté todos los granos de maíz que pude obtener de la cosecha anterior. Entonces, pude contratar más campesinos y plantamos maíz en todos los campos abandonados”.

Deteniéndose y mirando profundamente a los ojos del Rey Claudio, Ademir terminó sus explicaciones:

“¡Había escasez de maíz en los Reinos vecinos y todos querían comprar mis cosechas y pagar en monedas de oro! ¡Fue así, señor, que acumulé mi riqueza de los doce granos de maíz que recibí por su generosidad!”.

El Rey Claudio escuchó la historia de Ademir con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

“Bueno, ¡en cinco días puedes apoderarte de mí castillo!”. Dijo el Rey Claudio.

“¿Qué pasa con la Princesa Lidia?”. Ademir preguntó.

“¿Qué sabes de ella y por qué preguntas?”. El Rey quería saberlo.

“Hice la silla roja para su caballo Trueno. ¡Sé que todavía vive en el castillo y me gustaría verla!”. Ademir respondió.

“La Princesa Lidia irá conmigo después de la venta del castillo. ¡Después de todo, ella se encarga de todas mis cosas!”. El Rey respondió.

“Pero insisto en verla, señor. De lo contrario, cancelaremos nuestro negocio”. Ademir respondió con firmeza.

El Rey Claudio, temeroso de perder la venta del castillo, le pidió a la Princesa Lidia que fuera al salón noble.

E inmediatamente reconoció a Ademir. ¡Ahora parecía realmente un noble!

“¡Señor Ademir! ¡Pensé que ya no estabas en el Reino!”. La Princesa Lidia dijo emocionada.

“¡Siempre he estado aquí, Princesa! ¡Princesa Lidia, tengo un regalo que darle! ¡En el patio del castillo está Trueno esperándote! Lo compré de vuelta. El pobre tipo estaba siendo utilizado por los cargadores para un trabajo duro. ¡Pero sigue siendo guapo y con su montura roja!”. Ademir dijo.

¡La Princesa Lidia no esperó ni un segundo y corrió hacia el patio del castillo para revisar a Trueno!

Ella lo abrazó llorando y relinchó, demostrando que la había reconocido.

“¡Señor, tengo una solicitud más! ¡Un pedido muy especial para mi vida!”. Ademir dijo.

“¿Una solicitud más? Ya estás tomando el castillo con todo lo que tengo adentro. ¿Qué más puedo darte?”. El Rey Claudio respondió indignado.

“¡Quiero pedirle a tu hermana la Princesa Lidia la mano en matrimonio!”. Respondió Ademir.

“¿Qué? ¿Quieres casarte con la hermana, la Princesa Lidia?”. Preguntó el Rey Claudio.

“¡Si su Alteza!”. Ademir confirmó.

El Rey Claudio miró a Ademir y de alguna manera lo admiró. Lo vio como un nuevo miembro de la corte.

¡Ese hombre, que sabía luchar por la vida, honesto, trabajador y que logró acumular riqueza con su perseverancia y trabajo, sería su cuñado!

Este nuevo hecho consoló su decisión de vender el castillo que sus padres amaban tanto. Si la Princesa Lidia aceptaba el matrimonio, el castillo quedaría en manos de la familia real.

Aunque arrogante, insensible a los problemas de otras personas, egoísta y optando por una vida fácil, el Rey Claudio tuvo este raro y único momento de reflexión y madurez.

Mostró sentido común por primera vez y se dejó llevar por este sentimiento de emoción...

·
Pero luego volvió a su personalidad normal:

“¡No tengo nada a lo que oponerme! Si mi hermana acepta casarse con un simple artesano, ¡esta es su decisión sola! A pesar de tu dinero, te falta el título de nobleza, ¡siempre serás un campesino!”. El Rey Claudio respondió.

“Su alteza, de todos modos lo aprecio. Y no me da vergüenza no tener título de nobleza. Por el contrario, ¡estoy muy orgulloso de ser campesino! Y si la Princesa Lidia está de acuerdo, nos casaremos y viviremos en el castillo. ¡Y Su Alteza puede vivir con nosotros si lo desea!”. Ademir dijo, siempre con su corazón abierto al perdón.

“Gracias, pero no acepto la invitación. Siempre he vivido entre nobles. ¡No me sentiría bien compartiendo el ambiente con el artesano que cuidaba mis caballos! ¡Con este dinero, disfrutaré la vida aún más”. El Rey Claudio respondió, partiendo.

“Como desees, Su Alteza!”. Ademir respondió, manteniendo su control a pesar de las humillaciones que recibió.

Y antes de que el Rey Claudio se fuera, Ademir tuvo que hacer una retribución:

“Su Alteza recupera sus doce granos de maíz. Y guárdalos con amor. Puede que los necesites algún día...”.

El Rey Claudio miró los doce granos de maíz, pero se los guardó en el bolsillo y se retiró para siempre.

La Princesa Lidia regresó feliz después de encontrar a Trueno:

“Señor Ademir, muchas gracias por la sorpresa. Trueno ha sufrido algunos malos tratos, pero sigue siendo muy elegante y guapo. ¿Pero dónde está el Rey Claudio? ¿Y qué es esta carta sobre la mesa?”.

El Rey Claudio firmó la carta de su abdicación al trono. Como se esperaba, dejó de ser el Rey del Reino Amarillo.

El Rey Claudio se había preguntado: “¿Qué Rey soy yo? ¿Sin castillo, sin soldados, sin corte, sin sirvientes?”.

Y Ademir respondió la pregunta de la Princesa:

“¡Princesa Lidia, su hermano dejará el castillo y creo que podría ser una buena compañía para usted!”.

“¿Cómo así?”. La Princesa respondió.

Un poco inseguro y avergonzado, Ademir devolvió el pañuelo perfumado a la Princesa y se atrevió a hacer una pregunta:

“Mantuve tu pañuelo perfumado hace años. Tu aroma aún perdura en él, como siempre has permanecido en

mi corazón. No sabía si dejaste caer el pañuelo descuidadamente o...”.

“Ademir, ya no tienes que llamarme Princesa ... ¡Y en cuanto al pañuelo, lo dejé caer a propósito, esperando algún día recuperarlo de tus manos!”. La Princesa respondió.

“Bueno... humm ... humm, lo siento! Pero tengo una pregunta para ti, Lidia... ¿Aceptas, quiero decir, quieres ... quiero decir... ¿Te imaginas casarte conmigo? Pero si no quieres, por favor se honesto... Lo entenderé... Sé que no soy noble... Bien podría continuar mi vida campesina... Siempre seré tu leal súbdito... Sé que estoy siendo descarado... Siempre estaré a tu lado para lo que necesites... Puedo seguir cuidando a Trueno... Lo siento de nuevo... “.

¡La Princesa Lidia escuchó y se divirtió con la vergüenza de Ademir y, interrumpiendo su parloteo y nerviosismo, le dio un suave beso de amor!

.

Era una forma de decir sí a la propuesta de matrimonio de Ademir.

Los cinco días pasaron. El ex Rey Claudio se mudó a un lugar lejos del castillo, donde compró una hermosa

casa y se fue con sus 50,000 monedas de oro y los 12 granos de maíz.

La Princesa Lidia fue proclamada la Reina del Reino Amarillo, y debía gobernar sobre todos los asuntos del Reino.

La Reina Lidia siguió todas las enseñanzas de su querido y difunto padre, el Rey Eduardo. Ella trató a todos los súbditos con justicia y humanidad. Además, apoyó plenamente la producción de la mayor riqueza del Reino: el maíz.

El Reino volvió gradualmente a su esplendor. Los campos de maíz se extendían por los campos, el comercio volvía a estar en el negocio, los artesanos tenían mucho trabajo por hacer.

Los campesinos que se habían mudado a otros Reinos regresaron a sus hogares, felices de regresar al Reino que tanto amaban.

Todos los súbditos fueron invitados a la gran fiesta de coronación de la Reina Lidia en el castillo.

La alegría y la felicidad volvieron a los hogares de los campesinos y súbditos del Reino.

Y fue en la ceremonia de coronación que la Reina Lidia sorprendió a todos con la noticia:

“¡Queridos ciudadanos del Reino Amarillo! ¡Me gustaría anunciar que he aceptado la invitación de boda de Ademir! ¡Será el nuevo Rey Consorte!”.

Según las reglas de la nobleza del Reino Amarillo, el esposo de la Reina se llamaría Rey Consorte si esto sucediera alguna vez.

Todos aplaudieron y apoyaron a la nueva pareja real. El matrimonio de la Reina Lidia con el Rey Consorte Ademir se celebró en la primavera, reanudando la tradicional celebración anual de la cosecha y la siembra de una nueva cosecha de maíz.

Y los dos fueron felices para siempre, junto con dos hijos nacidos de este matrimonio: el Príncipe Carlos y la Princesa Tatiana.

Y han pasado siete años. El príncipe Carlos y la Princesa Tatiana se volvieron saludables e inteligentes. Y eran muy buenos niños, siguiendo la educación amable y humana de sus padres. Aprendieron a ser nobles, pero con humildad y verdaderos valores de vida.

Una tarde, la Reina Lidia y el Rey Consorte Ademir vieron a sus dos hijos jugar en el césped del castillo:

“Ya sabes, Ademir. ¡Cuando veo a nuestros dos hijos jugando, creciendo saludables, me siento muy bien y realizada como madre!”. Dijo la Reina.

“Es verdad. Se quieren mucho, se llevan bien. ¡El Príncipe Carlos será un gran Rey en el futuro!”. El Rey consorte respondió.

“En estos momentos, recuerdo a mi hermano Claudio. Mis padres Eduardo y Silvia estaban muy orgullosos de él. Solían sentarse aquí donde estamos y divertirse con nuestros juegos. Y dijo exactamente lo que acabas de decir: ¡el Príncipe Claudio será un gran Rey algún día!”. La Reina continuó.

“Lidia, ¿cómo era tu hermano pequeño Claudio?”. Ademir quería saberlo.

“Siempre fue un buen chico. Era alegre, inteligente, le gustaba estudiar, era amable con la gente y cuidaba a los animales del castillo”. La Reina respondió.

“Pero ¿cómo pudo haber cambiado tanto?”. Ademir preguntó, intrigado.

“Comenzó a cambiar en su adolescencia y especialmente cuando era mayor de edad. Conoció a otros muchachos, príncipes y nobles, de otros Reinos, gente buena y mala. Pero desarrolló amistades con los malvados príncipes y nobles. Con el tiempo, olvidó sus orígenes y se desinteresó en sus estudios. Solo quería saber cómo divertirse. Se volvió cada vez más hacia una vida inútil. Aprendió a ser arrogante, a despreciar a las personas que no eran nobles. Solo quería saber sobre fiestas, beber mucho vino y emborracharse, montar a caballo, apostar dinero e incluso cazar a los pobres animales salvajes del Reino. Entonces, se perdió cada vez más y se convirtió en la persona que conociste”. La Reina respondió, sin ocultar su tristeza.

“¡Ahora entiendo! ¡Se dejó contaminar por tipos malos! ¡Me imagino la tristeza de tus padres!”. Ademir concluyó.

“Mi padre y mi madre sufrieron mucho por esto. Hicieron todo lo posible para cambiar el comportamiento de Claudio, pero fallaron. Pero, lo extraño mucho, aun así. No ha dado noticias en los últimos años, no conoce a sus sobrinos, ¡ya no viene a mí!”. Dijo la reina.

Y en cuanto al antiguo Rey Claudio, comenzó a correr la voz en el Reino de que continuaba gastando su

fortuna vendiendo el castillo con fiestas, lujo, viajes, entretenimiento, manteniendo una vida inútil e improductiva, confirmando el dicho popular: “palo torcido, muere torcido!”.

Gastó desmesuradamente y sus 50,000 monedas de oro estaban llegando a su fin.

Esta noticia llegó a su hermana, la Reina Lidia:

“¡Ademir, necesitamos descubrir dónde está mi hermano Claudio e intentar ayudarlo! ¡Quizás él escuche y mejor siga mis consejos ahora!”.

El Rey Consorte Ademir les pidió a los soldados que buscaran en todo el Reino y descubrieran el paradero del ex Rey Claudio.

Tan pronto como tuvieron noticias, Ademir y Lidia fueron a buscarlo.

Después de unas horas de viaje en su carruaje real, seguido por varios soldados, la pareja real se acercó a una simple casa de troncos.

Salieron del carruaje un poco desde la casa de troncos y caminaron hacia él, pidiendo a los soldados que se mantuvieran cerca del carruaje.

Querían estar a solas con el ex Rey Claudio.

¡Y la Reina Lidia y el Rey Consorte Ademir tuvieron una gran sorpresa que los dejó en estado de choque!

Encontraron al ex Rey Claudio vestido con ropa campesina, viviendo una vida simple y en la pobreza. Había gastado todas sus monedas de oro e incluso vendió su nuevo hogar. Nuevamente, perdió todo lo que tenía en la vida.

Ignorando la presencia de su hermana y cuñado, el ahora campesino Claudio estaba labrando la tierra y plantando los doce granos de maíz que había recibido de Ademir. Su hermana Lidia quería gritar su nombre, advirtiéndole de su presencia. Pero, Ademir le aconsejó que no lo llamara y lo dejara solo:

“Lidia, Claudio, ahora ha dado sus primeros pasos para conocer los verdaderos valores de la vida. Deja que continúe con su trabajo. Estoy seguro de que tendrá perseverancia y cosechará muchos granos de maíz de su plantación. Se las arregla para ganar pan con el sudor en la cara. Valorará los frutos de su trabajo y seguramente acumulará sus monedas de oro. Algún día volverá a comprar su propio castillo...”.

La Reina Lidia derramó lágrimas de tristeza de sus ojos azules. Pero ella estuvo de acuerdo con Ademir. Poco a poco, los dos regresaron al carruaje y se dirigieron hacia el castillo. Desde lejos podían escuchar a Claudio labrando la tierra, plantando sus semillas de maíz y cantando tan fuerte que hasta los pájaros se callaron”.

“Sabes, Lidia. La vida es así. Es como dice otro dicho: Si no aprendes del amor, aprendes del dolor”.

El fin